

COMENTARIOS AL FEDÓN



Óleo de Jacques-Louis David de 1787.

1.-INTRODUCCIÓN	2
PRIMERA PARTE	3
PRUEBAS DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA	6
1.-PRUEBA BASADA EN LA EXISTENCIA DE CONTRARIOS	6
2.-PRUEBA BASADA EN LA TEORÍA DE LA REMINISCENCIA	6
3.-PRUEBA BASADA EN LA INDISOLUBILIDAD DE LO SIMPLE	7
4.-PRUEBAS BASADAS EN LA CRÍTICA AL SIMIL DE LA LIRA (<i>Simmias</i>) y al SIMIL DEL TEJEDOR (<i>Cebes</i>).....	9
5.-EL ALMA PRINCIPIO DE VIDA	13
6.-EL MITO FINAL	14
7.-ÚLTIMOS MOMENTOS EN LA VIDA DE SÓCRATES	15

Eugenio Molera

FEDON

Personajes del diálogo

EQUÉCRATES, FEDÓN, APOLODORO, SÓCRATES, CEBES, SIMMIAS, CRITÓN, EL SERVIDOR DE LOS ONCE.

Temas y cuestiones que se discuten en el texto:

- Partes de la filosofía: ontología o metafísica, teoría del conocimiento, antropología, ética.
- Tema principal: inmortalidad del alma.
- Temas subordinados: el conocimiento, la teoría de la reminiscencia, el dualismo ontológico, teoría de las Ideas, el dualismo antropológico, la reencarnación, naturaleza, destino y valor del cuerpo, naturaleza, destino y valor del alma, la purificación, valor y función de la filosofía, la muerte de Sócrates.

Conceptos fundamentales: mundo sensible o visible, cosas sensibles, cosas inteligibles, esencias, ideas, lo inteligible, lo que es en sí, mundo inteligible, alma, preexistencia e inmortalidad, reminiscencia, ciencia, conocimiento, sabiduría, infiernos, reencarnación o metempsicosis, purificación, filosofía, virtudes.

1.-INTRODUCCIÓN

(57A-59B)

El Diálogo comienza cuando Equécrates, un pitagórico de la ciudad de Fliunte, pregunta a Fedón de Elis si estuvo presente el día en que Sócrates bebió el veneno en la cárcel.

Fedón contesta afirmativamente, y, ello es motivo para que Equécrates muestre un gran interés por saber cómo Sócrates acabó sus días y por saber cuáles fueron sus últimas palabras.

Equécrates afirma estar enterado de cómo había sido el proceso judicial en contra de Sócrates aunque señala que no sabe explicarse muy bien el porqué, después de finalizado el juicio, pasó tanto tiempo hasta que se le aplicó a Sócrates la condena. Fedón le informa que todo ello fue debido a que en el día del juicio se dió la casualidad de que estaba con la guirnalda, puesta en popa, el barco que los atenienses enviaban a Delos.

Equécrates pregunta también acerca de cuáles fueron las circunstancias de la muerte de Sócrates, así como que amigos le acompañaron el día de su muerte. En su respuesta, Fedón relata, por un lado, como, el día que acompañó a Sócrates en sus últimos momentos, llegó a sentir algo extraño, y, por otro, describe los nombres de los que estaban presentes en el momento en que Sócrates toma la cicuta. Por último, Equécrates, le pide a Fedón que relate la conversación que Sócrates mantuvo con sus amigos en ese día tan dramático.

Fedón afirma que intentará expresar minuciosamente todo lo que allí sucedió.

Fedón comienza señalando como todos los amigos de Sócrates se reunían todos los días, al amanecer, en el Tribunal, para, desde allí, caminar hacia la cárcel en donde se encontraba Sócrates. Afirma que cuando se enteraron que la nave había regresado de Delos, acordaron citarse todavía más temprano, pues sospechaban que el fin del maestro era inminente. Cuando, al día siguiente, llegan a la cárcel, el *carcelero* les da la fatal noticia de que ese día Sócrates morirá. Entran dentro y se encuentran a *Sócrates* sentado junto a *Jantipa*, la cual abandonará la cárcel entre gritos y lamentaciones. Dado que a Sócrates, aún hacía poco que le habían soltado los grilletes, aprovecha para hacer unas reflexiones en alto acerca de la naturaleza del *Placer*. Más adelante, *Cebes*, interroga al maestro acerca de algo que le encargó **Eveno**. Así, le pregunta acerca de unos poemas que Sócrates compuso en honor al dios Apolo y sobre unos versos de las fábulas de *Esopo*.

Sócrates contesta que compuso tales poemas con el objeto de intentar averiguar el significado de ciertos *sueños*. Encarga le exponga a *Eveno* las razones reales que le llevaron a realizar tales composiciones y que le diga que *si es hombre sensato le siga lo más rápidamente posible*. *Simmias* protesta ante el consejo que Sócrates envía a *Eveno*. Y es que no resulta inteligible, afirma *Simmias*, señalar que el *verdadero filósofo (siempre sin ejercer violencia sobre sí mismo) debe estar deseoso de seguir al que se muere*. Sócrates justifica tal afirmación acudiendo a lo que les decía a los griegos la *tradición* y la *mitología*. Estas justifican el hecho de que uno no debe darse muerte a sí mismo, aún a sabiendas de que esta vida es una especie de presidio. Y es, que aún siendo la vida una especie de cárcel, al mismo tiempo, los hombres somos *posesiones* de los dioses y, por ello, no nos está permitido tomar la justicia por nuestra mano. Hay que esperar a que la divinidad envíe un motivo imperioso, como el que ahora, afirma Sócrates, parece habersele presentado a él.

Cebes afirma que aunque lo que Sócrates acaba de decir, acerca del porque no debería uno actuar violentamente contra sí mismo, es algo verosímil; lo que no ve nada claro es el otro punto que Sócrates también ha defendido, es decir, que los *verdaderos filósofos deberían estar dispuestos a morir con gusto*. Y afirma que, a la luz de lo argumentado por Sócrates hasta ahora, sobre que somos posesiones de los dioses, defender tal postura parece algo *absurdo*. Y es que si es cierto que los *hombres sabios* se encuentran en esta vida protegidos por los dioses, ¿por qué suponer que en la otra vida se va a estar mejor y, por ello, desear la muerte? Parece que este contexto, únicamente el hombre insensato deberían desear la muerte. Los sensatos nunca. *Sócrates* reconoce la *fuerza del argumento* de *Cebes* -que *Simmias* apoya- y, por ello, señala la necesidad de tener que *defenderse* ante ellos del modo más convincente posible.

PRIMERA PARTE

FEDÓN

[59c-63b]

Sócrates intenta defenderse de las objeciones de *Cebes* y *Simmias* del modo más convincente posible. Para ello, comienza reconociendo que si no estuviese convencido de que tras la muerte iba a reunirse con *hombres más sabios y mejores* que los de aquí (esto no lo afirma categóricamente) y con *dioses* que son amos excelentes (eso sí lo afirma categóricamente), entonces cometería una falta si no se irritase con la muerte.

Antes de intentar fundamentar las razones que le llevaban a pensar así, *Sócrates*, es molestado amistosamente por *Critón* que le recuerda que no debe alterarse ni hablar demasiado, pues corre el peligro (se lo ha dicho el carcelero) de que el veneno que tiene que tomar tarde en hacerle efecto, con lo que tendría que tomar una dosis doble o triple. *Sócrates* le contesta diciendo que mande a paseo al carcelero y que éste haga lo que tenga que hacer. De este modo, vuelve al refugio de la filosofía y continúa fundamentando su creencia sobre lo dicho anteriormente. La *fundamentación* reposa sobre los siguientes aspectos:

1. Un hombre que dedica su vida a la filosofía es lógico que se muestre animoso en el momento de su muerte. Y es que los que se dedican a la filosofía no practican otra cosa que el morir y estar muertos y, no entendido esto, al modo irónico del vulgo, sino en el sentido de que la *filosofía* se encuentra realmente *alejada de todo aquello que depende de lo corporal*.
2. La ocupación del filósofo no versa sobre las cosas del cuerpo sino, al contrario, consiste en estar separado lo más posible de él, aplicándose al alma. En este sentido, parece que está pendiente de cosas que no afectan a esta vida corporal.
3. La *Sabiduría* y la *Reflexión* se producen mucho mejor cuando no les perturba ninguna de las cosas corporales de esta vida. Lo justo en sí o lo bello en sí nunca son percibidos con los ojos del cuerpo, sino empleando el pensamiento en sí mismo, en toda su pureza y al margen de las realidades de esta vida.
4. Mientras tengamos el cuerpo, nuestra alma está mezclada con el mal de esta vida corporal. Por ello, en tal estado, jamás alcanzaremos lo que deseamos de verdad. En definitiva, dado que nos es imposible adquirir el auténtico saber, juntamente con el cuerpo, una de dos: o bien es del todo imposible alcanzar el saber en esta vida; o bien, sólo es posible alcanzar tal saber cuando hayamos muerto, ya que es cuando el alma existe sólo consigo misma.
5. Si todo lo dicho hasta ahora es verosímil y razonable, entonces existe una gran esperanza de que, una vez llegada la muerte, alcancemos, en el lugar de los muertos, aquello por lo que el verdadero filósofo se ha afanado durante toda su vida terrestre. Pues bien - se pregunta ahora Sócrates- ¿no sería ridículo que un hombre que ha pasado toda su vida en un estado lo más cercano posible a la muerte (filosofando) se irrite cuando ésta hace su aparición? No debemos olvidar - señala - que *los que filosofan*, en el recto sentido de la palabra, *se ejercitan en el morir*, y, por ello, son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos.
6. Únicamente los hombres que no son amantes de la sabiduría, sino del cuerpo, son lo que se irritan cuando están a punto de morir.

Finalizado Sócrates su discurso, *Cebes* toma, de nuevo, la palabra para señalar lo siguiente: por lo que se refiere - señala - a la cuestión de que el *filosofar rectamente* implica el desligarse lo más posible del cuerpo, pues éste es un estorbo a la hora de alcanzar el auténtico saber, es algo que parece absolutamente verosímil y razonable. Ahora bien, deducir, a partir de ello, que el *alma pueda existir por sí*, en el más allá, al separarse del cuerpo, y no creer que se disipa como un soplo al separarse de tal cuerpo, es algo que no resulta en absoluto evidente. Por ello, solicita de Sócrates una justificación y una *demonstración* de que ello pueda ser así: ¿existe realmente el alma, poseyendo la capacidad de obrar y entender, cuando el hombre está muerto?

Sócrates le responde si quiere que charlen sobre si es verosímil que así sea. *Cebes* responde que escucharía con gusto la opinión que Sócrates tiene de ello.

Sócrates intenta defenderse de las objeciones de *Cebes* y *Simmias* del modo más convincente posible. Para ello, comienza reconociendo que si no estuviese convencido de que tras la muerte iba a reunirse con *hombres más sabios y mejores* que los de aquí (esto no lo afirma categóricamente) y con *dioses* que son amos excelentes (eso sí lo afirma categóricamente), entonces cometería una falta si no se irritase con la muerte.

Antes de intentar fundamentar las razones que le llevaban a pensar así, *Sócrates*, es molestado amistosamente por *Critón* que le recuerda que no debe alterarse ni hablar demasiado, pues corre el peligro (se lo ha dicho el carcelero) de que el veneno que tiene que tomar tarde en hacerle efecto, con lo que tendría que tomar una dosis doble o triple. *Sócrates* le contesta diciendo que mande a paseo al carcelero y que éste haga lo que tenga que hacer. De este modo, vuelve al refugio de la filosofía y continúa fundamentando su creencia sobre lo dicho anteriormente. La *fundamentación* reposa sobre los siguientes aspectos:

1. Un hombre que dedica su vida a la filosofía es lógico que se muestre animoso en el momento de su muerte. Y es que los que se dedican a la filosofía no practican otra cosa que el morir y estar muertos y, no entendido esto, al modo irónico del vulgo, sino en el sentido de que la *filosofía* se encuentra realmente *alejada de todo aquello que depende de lo corporal*.
2. La ocupación del filósofo no versa sobre las cosas del cuerpo sino, al contrario, consiste en estar separado lo más posible de él, aplicándose al alma. En este sentido, parece que está pendiente de cosas que no afectan a esta vida corporal.
3. La *Sabiduría* y la *Reflexión* se producen mucho mejor cuando no les perturba ninguna de las cosas corporales de esta vida. Lo justo en sí o lo bello en sí nunca son percibidos con los ojos del cuerpo, sino empleando el pensamiento en sí mismo, en toda su pureza y al margen de las realidades de esta vida.
4. Mientras tengamos el cuerpo, nuestra alma está mezclada con el mal de esta vida corporal. Por ello, en tal estado, jamás alcanzaremos lo que deseamos de verdad. En definitiva, dado que nos es imposible adquirir el auténtico saber, juntamente con el cuerpo, una de dos: o bien es del todo imposible alcanzar el saber en esta vida; o bien, sólo es posible alcanzar tal saber cuando hayamos muerto, ya que es cuando el alma existe sólo consigo misma.
5. Si todo lo dicho hasta ahora es verosímil y razonable, entonces existe una gran esperanza de que, una vez llegada la muerte, alcancemos, en el lugar de los muertos, aquello por lo que el verdadero filósofo se ha afanado durante toda su vida terrestre. Pues bien - se pregunta ahora Sócrates- ¿no sería ridículo que un hombre que ha pasado toda su vida en un estado lo más cercano posible a la muerte (filosofando) se irrite cuando ésta hace su aparición? No debemos olvidar - señala - que los que filosofan, en el recto sentido de la palabra, se ejercitan en el morir, y, por ello, son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos.
6. Únicamente los hombres que no son amantes de la sabiduría, sino del cuerpo, son lo que se irritan cuando están a punto de morir.

Finalizado Sócrates su discurso, *Cebes* toma, de nuevo, la palabra para señalar lo siguiente: por lo que se refiere - señala - a la cuestión de que el *filosofar rectamente* implica el desligarse lo más posible del cuerpo, pues éste es un estorbo a la hora de alcanzar el auténtico saber, es algo que parece absolutamente verosímil y razonable. Ahora bien, deducir, a partir de ello, que el *alma pueda existir por sí*, en el más allá, al separarse del cuerpo, y no creer que se disipa como un soplo al separarse de

tal cuerpo, es algo que no resulta en absoluto evidente. Por ello, solicita de Sócrates una justificación y una *demostración* de que ello pueda ser así: *¿existe realmente el alma, poseyendo la capacidad de obrar y entender, cuando el hombre está muerto?* Sócrates le responde si quiere que charlen sobre si es verosímil que así sea. *Cebes* responde que escucharía con gusto la opinión que Sócrates tiene de ello.

PRUEBAS DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

1.-PRUEBA BASADA EN LA EXISTENCIA DE CONTRARIOS

Sócrates comienza describiendo la cuestión a analizar: *¿tienen una existencia en el Hades las almas de los finados o no?* Para responder a tal cuestión, *Sócrates*, trae a colación una antigua *tradición* que decía que, después de llegar las almas de los muertos al Hades, vuelven de nuevo acá almas vivas que proceden de tales almas muertas. En definitiva, se estaría afirmando que los vivos no tienen otro origen que los muertos. ¿Es esto verosímil?, se interroga Sócrates. Sócrates intenta fundamentar la verosimilitud del planteamiento anterior en el estudio de la *naturaleza de los contrarios*. Y es que parece que en toda realidad, todo lo que tiene un origen necesita de su contrario, de tal forma que podría establecerse como principio axiomático que *las cosas contrarias nacen de sus contrarios*. Ello explicaría, por ejemplo, que el dormir se origine en el estar despierto, y viceversa, el estar despierto, tenga su origen en el hecho de dormir. Todo ello daría lugar a dos tipos de generaciones: el despertarse y el dormirse. Pues bien, aplicado el mismo principio y análisis a propósito de la *vida* y de la *muerte*, Sócrates, llega al resultado siguiente:

1. El estar muerto es lo contrario del vivir.
2. Si admitimos la generación correspondiente del estar muerto como una derivación de la vida, debemos admitir también su generación contraria: el revivir, es decir, el vivir a partir de la muerte.
3. Del mismo modo que la muerte procede la vida, también la vida procede la muerte, produciéndose una especie de *círculo* que va de la vida a la muerte y viceversa.
4. Si no existiera esta especie de *círculo constante de generación*, sino que la generación de contrarios fuese una especie de *línea recta*, entonces todo debería acabar por morir y nada estaría vivo. Pues en el caso de que lo que vive naciera de las demás cosas que tienen vida, dado que lo que vive, tiene que morir: ¿qué medio habría de impedir que todo se consumiese en la muerte?

Son muchas las críticas que se han hecho ante este modo de argumentar de Sócrates.

2.-PRUEBA BASADA EN LA TEORÍA DE LA REMINISCENCIA

CEBES APROVECHA LA PARTE FINAL DEL ARGUMENTO ANTERIOR PARA - INTERRUMPIÉNDOLE- RECORDAR A SÓCRATES QUE ÉL HA ENSEÑADO SIEMPRE QUE APRENDER ES RECORDAR, Y ELLO SERÍA IMPOSIBLE A NO SER QUE SE POSTULARA QUE EL ALMA HA EXISTIDO EN ALGUNA PARTE ANTES DE LLEGAR A INSERTARSE EN EL CUERPO.

Simmias protesta por esta intervención y le pide a *Cebes* que le recuerde las pruebas que muestran lo que acaba de decir. *Cebes* aprovecha para hacer un breve resumen de la *Teoría de la reminiscencia* - presente en el *Menón*-. Los puntos principales de su resumen son los siguientes:

- Los hombres bien interrogados responden correctamente acerca de cuestiones que nadie les ha enseñado en esta vida.
- Tal hecho no tiene explicación a no ser que postulemos que tales sujetos sabían de antemano acerca de las cuestiones que se les plantean.
- Tal sabiduría, al no ser adquirida en esta vida, ha tenido, necesariamente, que ser aprendida en la otra. Por lo tanto, el alma ha debido aprender en una existencia *pre terrena*.

En esos momentos interviene Sócrates y plantea a *Simmias* que si no le convence el modo de argumentar de Cebes, él procurará mostrárselo del modo siguiente:

1. Si alguien recuerda algo tiene que haber contemplado, de algún modo, antes, ese algo.
2. Sócrates entiende por recuerdo lo siguiente: alguien contempla, por ejemplo, una lira y tal contemplación le trae a su mente la *imagen* del muchacho al que pertenece. Tal imagen es un recuerdo.
3. Pues bien, a partir de estos presupuestos, Sócrates, expone (sobre la base de la *Teoría de la reminiscencia*) otro argumento que lleva a postular la *existencia del alma en una existencia pre terrena antes de insertarse en el cuerpo*. La base de tal argumentación podría resumirse así: parece evidente que tenemos recuerdos que surgen a partir de objetos que son *semejantes* a la imagen que nos formamos y otros a partir de objetos que son *diferentes* de tal imagen. Por ejemplo, si vemos la foto de un amigo y nos acordamos de él, el recuerdo es semejante al objeto. Por el contrario, si lo que contemplamos es una lira y ello nos trae también el recuerdo de un amigo, parece evidente que, en este caso, el recuerdo es diferente al objeto. Ahora bien, cuando alguien afirma que la foto es igual o diferente al objeto representado, parece que lo hace como si poseyera en sí una idea de igualdad o diferencia absoluta que le lleva a medir los grados *del más o del menos* en el parecido del objeto. Pues bien, se pregunta Sócrates, ¿de dónde hemos adquirido el saber de tal idea de *igualdad o diferencia absolutas* que nos permite medir la relatividad de las cosas, pudiendo afirmar que tal objeto es *más o menos* igual o *más o menos* diferente? Si respondemos que tal aprendizaje lo hemos adquirido a partir de una percepción repetitiva de cosas que se parecen o se diferencian unas de otras, la respuesta no sería coherente. Y es que resulta - señala Sócrates - que, a través de los *sentidos*, cosas que resultan iguales o diferentes para unos son para otros menos iguales o menos diferentes. Sin embargo, todos parecen saber lo que es *lo igual en sí* y *lo diferente en sí* que les permite afirmar tal cosa.

Pues bien, si poseemos una *idea de la igualdad en sí*, mediante la cual medimos la igualdad relativa de las cosas, y, al mismo tiempo, éstas no pueden ser la causa de que poseamos tal idea (a las cosas les falta algo para ser la igualdad en sí; y la más clara prueba de tal hecho, es que, de dos cosas que decimos iguales, resulta que pueden ser más o menos iguales) no hay más remedio que postular que tal *idea* la hemos adquirido *antes de nacer* en una existencia *pre terrena* que el alma debió experimentar antes de insertarse en el cuerpo.

3.-PRUEBA BASADA EN LA INDISOLUBILIDAD DE LO SIMPLE

FINALIZADO EL ARGUMENTO BASADO EN LA REMINISCENCIA, *SIMMIAS*, FORMULA UNA DUDA: ESTAMOS CONVENCIDOS - AFIRMA - TANTO CEBES COMO YO ACERCA DE QUE PARECE HABERSE DEMOSTRADO QUE ANTES DE NACER NOSOTROS EXISTÍA NUESTRA ALMA. AHORA BIEN, LA CUESTIÓN DE SI, UNA VEZ QUE HEMOS MUERTO, TAL ALMA CONTINUARÁ EXISTIENDO NO PARECE HABERSE PROBADO CON EL ARGUMENTO DE LA REMINISCENCIA. POR TODO ELLO - CONTINÚA - SIGUE

EN PIE LA DUDA DE SI AL MORIR EL HOMBRE SE *DISUELVE* O NO SU ALMA. *CEBES* SE SUMA APOYANDO ESTE PLANTEAMIENTO. SÓCRATES LES CONTESTA QUE SUS DUDAS DEBERÍAN DESAPARECER SI COMBINAN EL ARGUMENTO DE LA *REMINISCENCIA* CON OTRO ARGUMENTO ANTERIOR (3ª PARTE) EN DONDE HABÍAN ADMITIDO QUE TODO *LO QUE TIENE VIDA PROCEDE DE LO QUE ESTÁ MUERTO*. EN ESTE CONTEXTO, EL ALMA NACE DE NUEVO, DESDE EL MUNDO DE LOS MUERTOS, INICIANDO UN NUEVO PROCESO DE EXISTENCIA CÍCLICA INMORTAL. DE TODOS MODOS, SEÑALA SÓCRATES, ES MUY POSIBLE QUE TAL ARGUMENTACIÓN NO CONVENZA TOTALMENTE A *CEBES* Y A *SIMMIAS* Y QUE DESEEN DISCUTIR MÁS DETENIDAMENTE ESTA CUESTIÓN, ES DECIR, *SI ES VERDAD O NO QUE EL ALMA SE DISIPA Y DISUELVE COMO UN SOPLO CUANDO ESTÁ SALIENDO DEL CUERPO*. *CEBES* LE CONTESTA, SONRIENDO, POR QUÉ NO INTENTA CONVENCERLES DE LA VERDAD DE TAL CUESTIÓN Y DISUADIRLES DEL TEMOR QUE SIENTEN ANTE LA MUERTE. ANTE ELLO, SÓCRATES INICIA LA EXPOSICIÓN DE LO QUE SERÁ EL *SIGUIENTE ARGUMENTO PARA PROBAR LA INMORTALIDAD DEL ALMA*. (78B)

La estructura del argumento es la siguiente:

1. Hay *cosas* a las que corresponde, por su propia naturaleza, el *disolverse y perecer*. A tales cosas las denomina Sócrates como lo Compuesto.
2. Hay cosas a las que, por su propia naturaleza, les corresponde ser impasibles y no sufrir alteración alguna. A tales cosas las denomina, Sócrates, como lo Simple.
3. Pues bien, en este contexto, la realidad en sí (lo bueno en sí, lo bello en sí) es lo que se presenta siempre en el mismo estado y nunca de manera distinta a como realmente es. Es por lo tanto, lo Simple.
4. Por el contrario, la multiplicidad de las cosas bellas o buenas no se presentan jamás en el mismo estado, sino según sea la perspectiva y la situación que a cada uno le lleve a opinar que tal cosa es bella o buena. Tal multiplicidad representa, por tanto, lo compuesto.
5. Las *cosas simples* no pueden percibirse nunca con los sentidos. Es imposible aprehenderlas con otro órgano que no sea la reflexión de la inteligencia. Por el contrario las *cosas compuestas* necesitan de los *sentidos* para poder ser percibidas en su multiplicidad.
6. Todo lo dicho hasta ahora implica tener que reconocer la existencia de dos clases de realidades: la *invisible* (simple) y la *visible* (compuesta). La *primera* se corresponde con el ámbito de lo *impasible*. La *segunda* con el de lo cambiante y *percedero*.
7. A su vez, en el ser humano se encuentran presentes también dos tipos de realidades: *cuero* y *alma*. El *cuero* está relacionado con lo visible y lo compuesto, mientras que el *alma* lo está con lo invisible y lo simple. A su vez, el *cuero* está relacionado con el reino de lo mortal, ya que su misión es obedecer, mientras que el *alma* está relacionada con lo divino y lo inmortal, ya que su misión es mandar y dirigir.
8. Por lo tanto, concluye Sócrates, el *alma es lo que se relaciona con lo divino* y lo inmortal, lo inteligible, lo uniforme y lo indisoluble. En definitiva, mientras que al *cuero* le corresponde disolverse y desaparecer, al *alma* le corresponde ser completamente indisoluble o aproximarse a este estado.

A partir de aquí, Sócrates entra en una especie de trance adivinatorio que le lleva a profetizar acerca de lo que podría suceder después de que uno muere. Muy posiblemente se correspondan con ideas del propio Platón que pone en boca de Sócrates. Sea lo que fuere, podrían destacarse las ideas siguientes:

- El que filosofa, en el recto sentido de la palabra, es decir el que ejercita su capacidad racional pura al margen del cuerpo y de los sentidos, *se está ejercitando realmente en el morir con complacencia*, pues la Filosofía sitúa al alma en su lugar natural que no es precisamente el de este mundo.
- Si por el contrario el alma - por no ejercitarse debidamente - no se separa del cuerpo y es manchada e impura, al hacerla depender de él, entonces debido a tal contaminación, este tipo de alma no logra, en el momento de la muerte, poder separarse realmente de su dependencia corporal y vaga, como *alma en pena*, constituyéndose en las realidades que, a veces, se nos muestran como fantasmas (ghost). Son almas obligadas a vagar eternamente por su apego al cuerpo y a lo visible.
- Además, según la afición que se le haya dado al cuerpo en esta vida, así será también el *proceso de reencarnación* a la que se verá sometida. Por ejemplo, el alma entregada a la glotonería y la bebida se reencarnará en el linaje de los *asnos*; la que se ha entregado a la tiranía y la injusticia en el linaje de las aves de rapiña como el *halcón* o el *milano*. Por último, los que se entregan al ámbito de los honorés aunque de una forma honrada, tendrán una reencarnación más feliz, aunque no la ideal, en el reino de los animales más sociales como las *abejas* y las *hormigas*, y, muy posiblemente llegue a ascender de nuevo en hombres entregados al bien social y político.
- Pero para llegar al linaje de los dioses, hay que haber filosofado en un estado de absoluta pureza sin contacto alguno con lo corporal. Únicamente así puede el alma alcanzar aquello que le es afín a sí misma. Y si ello es así, ¿cómo es posible, se pregunta Sócrates, que alguien puede temer a la muerte?

Al llegar a este punto se produce un largo silencio. Todos quedan absortos pensando en las últimas palabras del maestro. Por su parte, *Simias* y *Cebes* cuchichean en voz baja. Al verlos. Sócrates, les interroga, iniciándose lo que denominamos como la 6ª parte del Fedón.

4.-PRUEBAS BASADAS EN LA CRÍTICA AL SIMIL DE LA LIRA (SIMMIAS) Y AL SIMIL DEL TEJEDOR (CEBES)

Esta 6ª parte comienza cuando *Sócrates*, interrogando a *Cebes* y a *Simmias*, les pregunta si les parece que hay algo incompleto o dudoso sobre lo dicho hasta ahora. *Simmias* le contesta que, tanto él como *Cebes*, están con ciertas dudas, pero que no se animan a plantear por no importunar al maestro en un día tan desdichado para él. *Sócrates*, sonriendo, les responde lo difícil que debe resultar persuadir al vulgo de que, para él, esperar la muerte no es una situación desdichosa, cuando son sus mismos discípulos lo que temen que Sócrates se encuentra de peor humor por saber que va a morir. Les cuenta que tener tal opinión acerca de él lo sitúa, en lo que a dotes adivinatorias se refiere, en un lugar inferior a los cisnes. Estos, una vez que saben que van a morir, cantan entonces más que nunca y del modo más bello, ya que están llenos de alegría por saber que van a reunirse con el dios del que son siervos. No es, por tanto, un canto de despedida triste, como dicen muchos, lo que tales cisnes realizan en esos momentos, pues ningún ave, ni el propio ruiseñor, ni la golondrina, ni la abubilla, aves adivinas de Apolo, cantan cuando tienen algún tipo de desgracia. Cuando van a morir, sin embargo, lo hacen mejor que nunca porque intuyen que van a reunirse con su dios. Pues bien, Sócrates, afirma sentirse también *compañero de los cisnes* por estar consagrado al mismo dios.

A partir de ahí, les anima a que planteen todas las dudas y preguntas que tengan, mientras lo permitan los *Once* de Atenas.

Simmias es el primero que plantea su duda. Para hacer más comprensible la naturaleza de tal duda se sirve de un símil: el símil de la lira. Podemos - afirma *Simmias* - diferenciar en una lira, por un lado, entre lo que es la lira como tal, así como lo que son sus cuerdas y el material de la que está hecha, y, por otro, lo que es la armonía (que se produce tras el afinamiento) y que se nos muestra como algo incorpóreo, bello y divino. Pues bien, continúa, supongamos que una vez que se rompe la lira y se arrancan sus cuerdas, alguien sostuviera que sigue existiendo aquella armonía como aparte e inmortal. Podría decirse que no es algo muy creíble. *Simmias* le hace ver a Sócrates que eso mismo es lo que puede suceder cuando se habla del *alma*, es decir, cuando está en nuestro cuerpo, entonces permite la *armonía* de sus elementos. Ahora bien, cuando estos elementos se destruyen: ¿por qué seguir sosteniendo que la productora de tal *armonía* sigue existiendo de por sí?

Sócrates mirándole fijamente, como acostumbraba muchas veces, afirma que le parece muy justo lo que *Simmias* plantea. Señala, sin embargo, que antes de analizar sus dudas, prefiere escuchar también la que perturba a *Cebes*. *Cebes* acude también a un símil: el símil del tejedor. A través de él expone la duda siguiente: aunque es cierto - señala- que estoy convencido que el alma es más dura y perfecta que el cuerpo, lo que me lleva a aceptar su existencia pre terrena en el mundo de las ideas, antes de insertarse en un cuerpo, así como su espiritualidad y posibilidad de realizar *múltiples reencarnaciones*, ello no implica que vea claramente que deba ser siempre inmortal. Lo único que significa es que posee más energía que los cuerpos y su duración es mayor. Ahora bien, es muy posible que el alma, después de varias reencarnaciones y después de desgastar varios cuerpos, llegue también a ser ella destruida, como le sucedería a un buen *manto* que ha dado cobijo a varios hombres. Al final, este buen manto también acaba por gastarse y destruirse. Pues bien, si ello es así, podría ser que el alma que reside en Sócrates fuera la última con *grado de energía* en el proceso de reencarnación, y, por consiguiente, estaría condenada a la destrucción. Por ello, nadie debería estar confiado ante la muerte, y el estarlo sería una insensatez a no ser que pudiera demostrarse que el alma es algo completamente mortal e indestructible. Pero si no se puede, entonces es necesario que el que está a punto de morir tema que su alma pueda quedar destruida.

Después de oír las dudas de *Simmias* y *Cebes*, todos los presentes entraron en un momento de *depresión* y de *disgusto*, pues de estar convencidos por los primeros argumentos de Sócrates acerca de la inmortalidad del alma, pasaron ahora a la *confusión* y la *desconfianza*. Es en estos momentos, cuando Platón, situándonos en el diálogo real, hace intervenir a Equécrates el cual ruega insistentemente a *Fedón* que le cuente cuál fue la reacción de Sócrates ante tal intervención. *Fedón* le confiesa que, aunque había admirado a Sócrates en muchos momentos de su vida, fue precisamente en ese cuando la admiración llegó a su más alto grado. Y ello - señala - no fue debido tanto a la respuesta que dio a las dudas de *Simmias* y *Cebes* sino al placer y a la benevolencia con que acogió los argumentos de ambos. *Estábamos en fuga* - afirma *Fedón* - *y derrotados*, y él nos llamó de nuevo al combate, impulsándonos a seguirle y a considerar con él el razonamiento.

Antes de entrar de lleno en el análisis de los argumentos de Simmias y Cebes, Sócrates, les inculca a sus discípulos la necesidad de no convertirse en *misólogos*. Y es, señala, que la *misología*, u odio a los razonamientos, se produce de la misma manera que la *misanropía*, es decir, el odio a los hombres. Esta surge cuando alguien descubre que algún individuo, al que consideraba franco, sano y digno de fé, es realmente un ser malvado y desleal. Pues bien, cuando esto ocurre, muchas veces, termina uno por odiar a todos y considerar que en nadie existe algo sano y verdadero. Pues bien, Sócrates critica el modo de proceder del *misántropo*. Y es que su modo de actuar es totalmente erróneo ya que no considera las cosas como realmente son sino que establece que los *buenos en exceso* y los *malos en exceso* son también muchos, cuando, en realidad, son los intermedios los muchísimos. Y es que no parecen existir cosas sumamente pequeñas o sumamente grandes: es raro encontrar a un hombre, a un perro o cualquier otra cosa, sumamente grande o sumamente pequeña. En todas las cosas, los *extremos opuestos son escasos*, mientras que las que están en un *término medio* son abundantes.

Todo lo dicho hasta ahora, le sirve a Sócrates para aplicarlo al ámbito de la *misología*: cuando se tiene una fe absoluta en un razonamiento, como si fuera el definitivo, y acto seguido se tiene la sensación de que es falso, la frustración puede ser tan grande que le lleve a desconfiar, e incluso a odiar, los razonamientos. Además, tampoco sería de recibo el echar la culpa de la veracidad o de la falsedad de tales razonamientos, al razonamiento mismo y desprenderse alegremente de la culpa personal en la elaboración de los mismos, pasando la vida odiándolos y vituperando esa manera de vivir y de actuar. Por todo ello, señala Sócrates, debemos precavernos de dejar entrar en nuestra alma la idea de que no hay nada sano en los razonamientos, y aceptar que somos nosotros mismos los que podemos estar enfermos a la hora de conocer.

Sobre estos presupuestos, Sócrates finaliza, antes de pasar a analizar los argumentos de Simmias y Cebes, afirmando que con todo lo que va a decir no aspira a que los presentes opinen que es verdad lo que Sócrates dice, sino a que a él mismo se lo parezca. Por su parte, señala, los presentes *no deberían preocuparse tanto de lo que Sócrates dice como de la verdad*. Si lo que os digo - afirma - os parece verdad, reconocedlo; si no, oponeos con toda clase de argumentos. A partir de ahora, Sócrates, aborda el *análisis de las dudas planteadas por Simmias y Cebes*. Ello da lugar a la presentación del 4º y 5º argumentos del Fedón sobre la inmortalidad del alma.

Primeramente comienza *resumiendo* lo que Simmias y Cebes habían establecido en sus argumentaciones. *Simmias* tiene dudas de que alma, a pesar de ser algo más divino y bello que el cuerpo, perezca antes que éste, por ser una especie de *armonía*. Por su parte, *Cebes*, afirma que, aunque el alma puede ser más duradera que el cuerpo, acaba también, después de *múltiples reencarnaciones*, por ser *aniquilada*. Ambos reconocen que lo dicho por Sócrates es la base de sus razonamientos. A continuación les pregunta si, de los argumentos expuestos anteriormente, les plantea alguna duda el basado en la *Reminiscencia*. *Cebes* responde que éste es precisamente el que más seguridad le ofrece. Sobre esta seguridad, construirá Sócrates la refutación de la argumentación de Simmias. Y es que, según Sócrates, la *Teoría de la Reminiscencia* es incompatible con la *creencia de que el alma es una armonía constituida por los elementos que hay en tensión dentro del cuerpo*. Las razones que llevan a Sócrates a establecer tal afirmación constituyen la base de la 4ª *argumentación* para demostrar la inmortalidad del alma. Veamos su *estructura*:

1. Si el alma, entendida como *armonía*, en lo que consiste realmente es en ser una realidad que existe unida a un cuerpo al que tensa y armoniza en sus elementos: ¿cómo sostener lo que se dice en la *Teoría de la reminiscencia* acerca de que el alma existía, per se, antes de la existencia de los mismos elementos?
2. Además, señala Sócrates, el *símil de la lira* no es un buen ejemplo para comparar con el alma. Y es que en la *lira*, lo que primeramente existe es el armazón, las cuerdas, los sonidos desarmonizados, etc.; y, después, existe la armonía. En el caso de la existencia del *alma* y su relación con el cuerpo sucede todo lo contrario.
3. Por otro lado, mientras que en el caso de la *lira*, a la armonía no le corresponde guiar a los elementos que la componen, sino precisamente todo lo contrario, es decir, aparecer después y ser guiada por tales elementos, lo que hace que la armonía no pueda sonar en sentido contrario a sus propias partes; en el caso del *alma*, ésta es quien guía y gobierna las partes, como puede verse cuando no cede a los deseos o mandato de las pasiones. Y es que podemos sentir hambre y decidir no comer o sentir sed y decidir no beber. Una lira, sin embargo, no puede decidir el dejar de sonar armónicamente si alguien toca sus cuerdas correctamente afinadas.
4. Además, mientras la armonía en la *lira* puede ser tensada o armonizada según una mayor o menor intensidad; en el caso del *alma* no sucede así: como el alma no tiene partes no puede decirse de ella que está mejor o peor armonizada, como podría decirse de una lira.
5. Por consiguiente: en modo alguno, finaliza Sócrates su argumentación, nos está bien decir que el alma sea una especie de armonía. Ahora bien, todo lo dicho implica que debemos decir que este 4º argumento, más que demostrar, de un modo directo, que el *alma es inmortal*, lo que realmente establece es que *no es armonía*. Más que en este argumento, la inmortalidad del alma, tendría realmente su apoyo en la *Teoría de la Reminiscencia*.

Finalizado el 5º argumento sobre la inmortalidad del alma, *Sócrates* se dirige a *Cebes* con el fin de analizar sus dudas y su planteamiento. Comienza resumiendo, de nuevo, su posición: afirmar, piensa *Cebes*, que el alma existe antes de su inserción en el cuerpo solamente demostraría una existencia, si quiere, pre terrena incalculable. Ahora bien, también sería lógico suponer que, después de su unión con el cuerpo, y tras múltiples encarnaciones, el alma acaba también por destruirse.

Cebes asiente, de nuevo, a este resumen socrático de su postura. Después de todo esto, *Sócrates*, se mantiene largo tiempo en silencio y pensativo. Después le dice a *Cebes* que su planteamiento es difícil y complicado de responder ya que toca el tema de las causas de la generación y corrupción de la realidad. Por todo ello, afirma, antes de pasar al tema central del argumento prefiere contarle alguna de las experiencias de su aprendizaje intelectual. En este contexto le refiere lo siguiente:

1. En su época juvenil su gran deseo habría sido el dedicarse al estudio de la *investigación científica de la naturaleza* (en la línea de los presocráticos). El deseo de conocer las causas del *origen* de la realidad así como el de su *destrucción*. Confiesa que, en un momento determinado, descubrió que era una verdadera nulidad para estos temas.
2. Afirma también que, en su juventud, le produjo una gran impresión la lectura de la obra de *Anaxágoras*, aunque también refiere la gran decepción que le produjo descubrir el uso mecanicista que este filósofo natural hacía de la *Mente (Nous)*.
3. Todas estas experiencias le hicieron abandonar el camino de la investigación naturalista para intentar fundamentar su saber por otros derroteros. *Se apoderó de mí - afirma*

Sócrates - el temor de quedarme completamente ciego del alma si miraba las cosas con los ojos del cuerpo...Así pues, me pareció que era menester refugiarme en los conceptos y contemplar en ellos la verdad de las cosas.

4. Al llegar a este punto, Sócrates, desemboca en la formulación de la teoría de las ideas como base sobre la que asentar toda investigación acerca de las causas de la realidad. Y es que las cosas *son lo que son* porque participan de un *mundo ideal*.

Una vez que Sócrates y Cebes se ponen de acuerdo en que *cada una de las cosas es lo que es porque participa de las ideas* que permiten que cada cosa real tenga su ser, se inicia un diálogo entre ambos que es esencial entender correctamente para valorar en toda su dimensión el *5º argumento*, presente en el Fedón, sobre la *inmortalidad del alma*. El resumen del diálogo mantenido entre Sócrates y Cebes es el siguiente:

Ninguno de los contrarios, mientras que es lo que es, quiere hacerse y ser a la vez su contrario....Así, por ejemplo, la grandeza en sí nunca quiere ser a la vez grande y pequeña....pero tampoco la grandeza que hay en nosotros acepta jamás lo pequeño, sino que, una de dos, o huye y deja libre el puesto cuando sobre ella avanza su contrario, lo pequeño, o bien perece al avanzar sobre ella éste. (Ver Fedón 102 c-e)

No es desdeñable destacar la voz anónima que protesta ante este planteamiento socrático. Este *personaje anónimo*, recordando sin duda el *1º de los argumentos* sobre la inmortalidad del alma, que estaba precisamente centrado en la existencia de los contrarios, afirma:

¡Por los dioses!... ¿no convinimos anteriormente...que lo mayor se produce de lo menor y lo menos de lo mayor, y que en esto simplemente estribaba la generación de los contrarios, en proceder de sus contrarios?

Sócrates valora su valentía al plantear esta objeción pero, amablemente, le recuerda que no ha entendido la diferencia entre lo que se dice ahora y lo que se dijo antes. *Entonces* se decía - señala Sócrates - que de la cosa contraria nace la contraria; *ahora* que el contrario jamás puede ser contrario de sí mismo. (Ver Fedón 103 d)

Aclarado este punto, se produce, de nuevo, un diálogo entre Sócrates y Cebes. Tal diálogo constituye realmente la *base esencial del 5º argumento* del Fedón sobre la *inmortalidad del alma* (Fedón 103c-107a). Los aspectos a destacar en tal argumento son los siguientes:

5.-EL ALMA PRINCIPIO DE VIDA

1. El punto de partida es el establecimiento y aceptación del principio siguiente: un contrario jamás será contrario de sí mismo. Así, por ejemplo, si la nieve recibe el calor, ésta no podrá ser jamás una y otra cosa a la vez, sino que al acercársele el calor o le cederá el puesto o perecerá. Del mismo modo, cuando el fuego se aproxima a lo frío, o bien retrocederá o bien perecerá, pero jamás (recibiendo lo frío) podrá ser lo que era y su contrario.
2. Pero no son solamente los contrarios los que no se admiten entre sí, sino también, todas las cosas que, aún no siendo naturalmente contrarias, tienen en sí uno de esos contrarios. Por ejemplo, los números 3, 5, 7 no son exactamente lo mismo que

lo *impar* y, sin embargo, llevan como dentro de sí el valor de lo *impar*; del mismo modo que el 2, 4, 6...no son lo mismo que lo *par*, y, sin embargo, también lo llevan como dentro de sí. Pues bien, aunque, por ejemplo, el 3, como número en sí, no tiene porque ser contrario al 6, si lo son, sin embargo, por representar en sí a lo *impar* y a lo *par*. Y en este sentido, ninguno de ellos podría convertirse en el otro. De todo lo dicho parece deducirse por tanto que no solamente las ideas contrarias no contienen su mutua aproximación, sino que hay también algunas otras cosas que sin ser naturalmente contrarias (como sucede con los números) no aguantan tampoco la aproximación mutua por tener relaciones con otros elementos que si son contrarios por naturaleza, como sucede con lo *impar* y lo *par*.

3. Con todo el material señalado hasta ahora, Sócrates, realiza un *análisis mayéutica* centrado en el alma, de dónde habría que destacar los siguientes elementos:

- El *alma* siempre trae la *vida* a aquello que ocupa.
- Lo contrario de la *vida* es, evidentemente, la *muerte*.
- Por lo tanto, la *muerte* es lo *contrario* a lo que siempre trae la *vida*, es decir, al *alma*.
- Ahora bien, según se ha demostrado anteriormente, ningún contrario admitirá jamás algo que represente lo contrario de sí mismo. Por ello, sería inconcebible que el *alma-vida* pudiera aceptar en sí a su contrario, es decir, la *muerte*.
- Pero, además, se ha dicho anteriormente que lo que no admitía la idea de lo *par* era denominado como lo *impar*. Del mismo modo, parece lógico admitir también que a todo aquello que no admite la idea de lo mortal lo denominemos lo inmortal.
- Ahora bien, anteriormente, se ha establecido que *la realidad que no admitía jamás a la muerte era el alma*.
- Por lo tanto, no es absurdo concluir que el *alma es inmortal*.
- Pero, además, lo que no admite jamás la muerte es también algo indestructible, ya que cuando la muerte marche sobre ella no la admitirá. Por lo tanto, el alma no solamente es inmortal sino también *indestructible*. (No hay que olvidar que la duda de *Cebes* se centraba precisamente, no tanto en la espiritualidad - inmortalidad del alma antes de su unión con el cuerpo, como en su posible *desgaste* y destrucción posteriormente a tal unión).

Por todo ello, este argumento no debería decirse que prueba realmente la espiritualidad del alma ni su existencia pre terrena, ya que el argumento parte de la aceptación del mundo de las ideas y la participación del alma en relación con las mismas. Además, hemos visto que la duda de *Cebes* no cuestionaba este punto, sino que, aceptando la teoría de la reminiscencia, y con, ello, la espiritualidad y eternidad del alma, argüía sobre su posible *agotamiento* y *extinción* al cabo de sucesivas *reencarnaciones*. De ahí, el hincapié que Sócrates hace, al final de este argumento, al destacar no únicamente la inmortalidad del alma sino también su ser *indestructible*.

6.-EL MITO FINAL

Finalizada la 5ª *prueba* acerca de la *inmortalidad* y la *indestructibilidad* del alma, Platón, nos sitúa en las últimas partes del diálogo. En una de ellas, describe, a través del mito y las creencias, la visión que Sócrates tenía de **la naturaleza del más allá**. Después de señalar que uno de los *postulados* que se siguen de las demostraciones sobre la inmortalidad del alma es que no queda otra salvación, para escapar de los males cometidos en este mundo, que el hacerse más sensato y más justo, Sócrates, inicia

una *descripción mitológica* acerca de cómo cree que es la *tierra en donde habitan las almas*. Serían de destacar las ideas siguientes:

1. El *Mundo del Hades* situado bajo la tierra que habitamos, es un hábitat complejo con gran número de encrucijadas y caminos.
2. Las *almas malas* que llegan a este mundo son rehuidas y andan errantes, sumidas en la mayor indigencia. Las *almas buenas* enseguida son aceptadas y guiadas por los dioses.
3. La tierra que habitamos está en el centro del universo y es redonda. Vivimos no en la superficie de la verdadera tierra sino en *cavidades* y nos sucede lo mismo que uno que viviera en el fondo del piélago y se creyera que vivía en la superficie por poder ver el sol y las estrellas través del agua. Si alguien pudiera contemplar la tierra desde *arriba* se le aparecería con *franjas de diferentes colores*.
4. La *verdadera tierra* es de una belleza mucho mayor que la que habitamos. En ella, lo que para nosotros es el agua y el mar, allí es el aire. Y lo que para nosotros es el aire, allí es el éter. Los almas buenas que allí habitan están exentas de enfermedades. Tienen recintos sagrados y templos. Ven el sol, las estrellas y la luna tal como son.
5. En el *submundo* existen ríos inmensos con aguas calientes y frías. Hay una *simá* que cruza de extremo a extremo esta tierra. Es el *Tártaro*. Los nombres de los ríos son el Océano, el Aqueronte, la laguna Aquerúsade, el Piriflegetonte, el Estigio y el Cócito.
6. Las almas que han vivido en el *término medio* se encaminan al *Aqueronte* y moran un tiempo en esta zona purificándose hasta ser absueltos. Las almas que han cometido *robos sacrílegos* u homicidios injustos se les arroja al *Tártaro* de donde no salen jamás. Las que han ejercido violencia contra sus padres en un momento de cólera o ha cometido homicidios involuntarios y acaban por arrepentirse son también precipitados al *Tártaro*. Sin embargo, al cabo de un tiempo, los que maltrataron a sus padres son arrojados frente al *Pirifligetonte* y los homicidas arrepentidos frente al *Cócito*. Desde allí llaman a gritos a los ofendidos en vida y les suplican perdón. Si logran convencerlos, entonces son liberados del *Tártaro*. Si no, deben volver a él y seguir el ciclo hasta ser perdonados. Las almas que han tenido un vivir son liberados del interior de la tierra y llegan arriba a la pura morada y se establecen sobre la verdadera tierra. Allí viven sin cuerpo por toda la eternidad llegando aún a moradas más bellas que esa.

7.-ÚLTIMOS MOMENTOS EN LA VIDA DE SÓCRATES

“Él paseó, y cuando dijo que le pesaban las piernas, se tendió boca arriba, pues así se lo había aconsejado el individuo. Y al mismo tiempo el que le había dado el veneno lo examinaba cogiéndole de rato en rato los pies y las piernas, y luego, apretándole con fuerza el pie, le preguntó si lo sentía, y él dijo que no. Y después de esto hizo lo mismo con sus pantorrillas, y ascendiendo de este modo nos dijo que se iba quedando frío y rígido. Mientras lo tanteaba nos dijo que, cuando eso le llegara al corazón, entonces se extinguiría.

Ya estaba casi fría la zona del vientre, cuando descubriéndose, pues se había tapado, nos dijo, y fue lo último que habló:

—Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides.

—Así se hará, dijo Critón. Mira si quieres algo más. Pero a esta pregunta ya no respondió, sino que al poco rato tuvo un estremecimiento, y el hombre lo descubrió, y él tenía rígida la mirada. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos.

Este fue el fin, Equécrates, que tuvo nuestro amigo, el mejor hombre, podemos decir nosotros, de los que entonces conocimos, y, en modo muy destacado, el más inteligente y el más justo.”

Fedón 117e-118c.